

§ II.—Vicios y disolucion de la unidad árabe.

En la primera parte de la Edad Media hay dos tentativas de unidad política: mientras los Francos restablecen el imperio romano, los Árabes extienden su dominación por el Asia, el África y una parte de Europa. Las dos tentativas de monarquía universal fracasan. En el siglo X el imperio de Occidente se desmembra en infinidad de pequeñas soberanías, y hacia la misma época el imperio árabe se deshace en multitud de dinastías tan movilizadas como la arena del desierto. Los Bárbaros del Norte no podían fundar la unidad, porque su carácter era la diversidad, el individualismo. El Corán dió á los Árabes un instrumento de unidad: y esta unidad es tan absoluta, que apenas se concibe que la división pueda manifestarse; sin embargo, se hizo patente hasta en el dominio de la fe. Había otro germen de división irremediable: la separación de los vencedores y de los vencidos. El islamismo, demasiado tolerante para triunfar en su obra de propaganda, dejó subsistir al lado suyo á las religiones rivales. Resultó de aquí que la diversidad de las religiones perpetuó la división de las razas: separaba un abismo al musulmán del infiel. La impotencia política del islamismo para fundar la unidad era igual á su impotencia religiosa: los califas no pudieron mantener bajo sus leyes las inmensas conquistas de los Árabes. Después de largas convulsiones se levantaron tres grandes imperios sobre las ruinas del califato.

Toda religión revelada encierra un principio de división y de odio. Para el judío, el infiel es un ser inmundo, cuyo contacto es una mancha. Para el cristiano, el pagano y el hereje son hijos de Satanás, ¿y qué hay de común entre la luz y las tinieblas? La separación es eterna; los creyentes solos pueden salvarse; los infieles son condenados á los fuegos del infierno. El islamismo participa de esta aterradora doctrina: «Los infieles serán víctimas de las llamas y permanecerán en ellas eternamente. Sus obras son como el espejismo del desierto que el hombre sofocado por la

sed toma por agua; se acerca, y no encuentra nada. Dios odia á los infieles» (1). Estas horribles palabras resuenan por todas partes donde se profesa el dogma: fuera de la Iglesia no hay salvación. Si Dios odia á los condenados, no puede haber vínculo alguno de humanidad entre el creyente y el infiel: «¡Oh creyentes, no tomeis por amigos á los cristianos y á los judíos! No tengáis comercio alguno con aquellos contra los cuales se halla irritado Dios. No contraigáis relaciones íntimas sino entre vosotros. Los infieles desean vuestra pérdida» (2).

Los musulmanes observan demasiado fielmente estos preceptos de odio; aborrecen á los perros como animales impuros cuyo contacto mancha, y lo mismo aborrecen á los cristianos (3). Pueden explicarse estas malas pasiones: se puede recordar que los discípulos de Cristo han perseguido á los discípulos de Moisés como animales inmundos; puede decirse con un sabio orientalista que los cristianos han merecido el desprecio de los musulmanes por sus falacias (4); no por esto es ménos verdad que el odio de los creyentes hacia los infieles impidió la fusión de las razas en el interior del imperio. Si el dogma cristiano no ha producido el mismo efecto, es porque el paganismo ha desaparecido allá donde el cristianismo se ha establecido; los vencidos se han convertido al Evangelio, áun por medio del hierro; la unidad religiosa ha llegado á ser el instrumento de la unidad política. Los musulmanes, más tolerantes, dejaron á los vencidos su religión; ¿pero qué resultó de aquí? Aun hoy, después de siglos, las razas se mantienen hostiles como en el primer día de la conquista. Esta oposición de creencias es un germen de disolución; acarreó la ruina de los Árabes en España, ha defendido á la Grecia, y quizás acabará por disolver el imperio otomano.

La división existe hasta en el seno de la raza conquistadora; las

(1) *Corán*, III, 8, 112, 10, 49; VII, 38 y sig.; IX, 69; III, 113; XXIV, 39; II, 92.

(2) *Ibid.*, V, 56; LX, 13; III, 114.

(3) CHARDIN, *Viajes*, t. XIV, p. 116: «Cuando quieren expresar el colmo de la execración, dicen: es un perro cristiano.»

(4) Cristiano y falaz son sinónimos entre los Turcos: «Para nuestra vergüenza, exclama RELAND, esta acusación ha sido lanzada contra nosotros y no ha podido ser rechazada» (*De Relig. Moham., Pref.*, núm. 9).

sectas han desgarrado el islamismo, como han desgarrado el catolicismo. En el Oriente y en el Occidente, las discusiones religiosas son la expresion de la diversidad de las razas. La unidad absoluta viola las leyes de la naturaleza, que nos muestra por todas partes el espectáculo de una variedad infinita. Cuando un conquistador ó un revelador violenta estas leyes, ve perecer su obra, porque se halla viciada en su esencia. La unidad católica se ha roto, y sobre sus ruinas se han levantado las naciones modernas; la unidad musulmana ha tenido la misma suerte.

Un gran filósofo, comparando el islamismo con el catolicismo, dice que la Iglesia romana está maravillosamente organizada para engañar á los hombres y para encadenar los espíritus; el islamismo le sobrepuja, sin embargo, á los ojos de *Espinosa*: porque, dice, desde que existe no ha habido cisma alguno en su seno (1). No podemos explicarnos este singular error sino por una especie de ilusion metafísica: el cisma parece imposible en el dogma de la unidad absoluta de Dios, y sin embargo, existe. Los Sonnitas y los Schiitas se hallan tan profundamente divididos como los católicos y los protestantes; cada partido detesta y anatematiza al otro como si estuviera más léjos de la verdad que los infieles. ¿Cuál fué la causa del cisma mahometano? Los partidarios de Alí rechazaron á los primeros califas como usurpadores; más tarde intereses de raza dieron una importancia inmensa á esta division: habiendo tomado los Persas el partido de Alí, la oposicion se convirtió en ruptura entre el islamismo oriental y el islamismo árabe (2). Es probable que las creencias que desde la más remota antigüedad reinan en el imperio de los Persas hayan influido en la separacion, y que en el fondo la oposicion religiosa sea mayor de lo que parece, segun algunos de los puntos que separan á los sonnitas de los schiitas (3).

(1) ESPINOSA, *Op. posth.*, p. 613.

(2) SALE, *Observaciones sobre el mahometismo*, secc. VIII, p. 535.

(3) La más importante de estas diferencias es que los sonnitas admiten el *Sonna* ó el *Libro de las tradiciones de Mahoma* como de autoridad canónica, al paso que los schiitas lo rechazan como apócrifo. De aquí se deriva tambien una diversidad de Derecho (GANS, *Erbrecht*, t. I, p. 183).

Otras muchas sectas surgieron en el mahometismo (1); el ódio que se tenían los sectarios era tan violento como las pasiones más furiosas que agitaron á la Iglesia cristiana. Dejemos á un lado aquellos tristes extravíos para detenernos un instante en una doctrina religiosa, semipolítica, que precipitó la caída del califato. Es una creencia extendida por todo el Oriente que Dios se encarna en un revelador en las épocas solemnes en que la humanidad entra en una nueva edad. Los Persas convertidos al islamismo comunicaron esta creencia á sus vencedores. De la fusion de las dos religiones nació un dogma que desempeña un gran papel en la disolucion del imperio de los califas: el del *imanato*; esta palabra designa la mision divina, el pontificado que Dios da á sus elegidos. Dios mismo se encarna en cierto modo en el *iman*; á él solo pertenece la soberanía política y religiosa; como encarnacion de la divinidad, está hasta por encima del Coran. Esta doctrina fué una arma terrible en manos de los Abbasidas para derribar á los Omniadas. Siendo el *imanato* un privilegio de la familia de Mahoma, resultaba que los Omniadas eran usurpadores y que el extirparlos era un deber para los creyentes. La misma creencia se volvió contra los Abbasidas por los partidarios de la raza de Alí y por todos los enemigos del califato. Enseñaban que pertenecia al *iman* el imperio de los creyentes, que existia el *iman*, que era el último descendiente de Alí, el vicario del profeta (2). Bajo este punto de vista los Abbasidas eran tiranos. El *imanato*, considerado como dogma, conducia á la ruina del islamismo: Mahoma dejaba de ser el último revelador; el Coran no era ya la última palabra de Dios; los destinos religiosos del género humano se fundaban en el *iman*. En realidad, el dogma no produjo la revolucion que contenia en gérmen; no sirvió más que de instrumento para destruir el poder de los Abbasidas. Los Fatimitas erigieron en Egipto una cátedra rival de la de Bagdad. Desde aquel momento, la unidad mahometana quedó rota (3).

(1) Puede verse un cuadro de ellas en SALE, *Observaciones sobre el mahometismo*, seccion VIII. El cuadro no es completo.

(2) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 493.

(3) IBID, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 36, 499, 575.

Las oposiciones de raza apresuraron la disolución. Mahoma quiso imponer á su patria la unidad, pero no habia nada tan poco unitario como la nacionalidad árabe. La Arabia estaba dividida entre dos pueblos que diferian en lenguaje, en costumbres, en condiciones sociales y áun tal vez en origen. Los *Ismaelitas*, extendidos por los desiertos del norte de la Península, llevaban la vida de pastores nómadas; los otros, cultivadores y civilizados, ocupaban, bajo el nombre de *Sabeos* ó de *Himyaritas*, la parte meridional de la Arabia, llamada hoy todavía *Yemen* (1). No paraba en esto la division. Los Arabes del desierto, áun perteneciendo á la misma familia, estaban constantemente en guerra; las hostilidades, trasmitidas hereditariamente, hacian de las diversas tribus como otros tantos pueblos extranjeros. Los conquistadores llevaron sus rivalidades á los países conquistados. Estas disensiones, más bien que las armas de los cristianos, fueron las que arruinaron el Imperio de los Arabes en España. La lucha entre los Beduinos del desierto y los Arabes del Yemen se renovó en los campos de batalla de la Península. Las tribus habian conservado sus nombres, sus costumbres, sus odios, sus envidias; eran otras tantas facciones que desgarraban la sociedad. Un ódio no ménos violento separaba á los Arabes y á los Bereberes de Africa (2). Al ver todos estos elementos de discordia, debemos admirarnos, no de que se haya roto la unidad árabe, sino de que haya durado tantos siglos.

En el Oriente la diversidad de razas se complicaba con la diversidad de creencias. Los Persas y los Indios habian sido sometidos al islamismo, pero aquella sumision no podia borrar la diferencia del genio nacional. Habia entre los Arabes y los hombres del Oriente una oposicion casi tan grande como la que separa á la Europa del Asia. Los Arabes tenian algo de la independenciam que caracteriza á los pueblos del Norte; reverenciaban á Mahoma como á un profeta, no como á una encarnacion de Dios; en sus califas veian sus iguales, no sus déspotas. Entre los Persas habian

(1) RITTER, *Geografía*, t. XII, p. 431.—FAURIEL, *Historia de la Galia meridional*, t. III, p. 207.

(2) FAURIEL, *ib.*, p. 206-212, 54 y sig.—VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes de España*, t. II, p. 67.

sido adorados los reyes siempre como representantes de la divinidad. Los vencidos reobraron á su vez sobre los vencedores. En la lucha entre los Omniadas y los Abbasidas, los Persas tomaron el partido de éstos; los Abbasidas llegaron al califato por el apoyo del Oriente; su advenimiento fué una victoria del elemento oriental sobre el elemento árabe (1). Así, pues, el califato de Bagdad dejó de ser un imperio árabe para convertirse en un imperio oriental, con su lujo, su despotismo divino, sus excesos y sus debilidades.

La civilizacion sacó ventaja del dominio que los vencidos ejercieron sobre los vencedores; los Persas, iniciados desde largo tiempo en la vida de la inteligencia, se convirtieron en los maestros de sus señores, del mismo modo que los Griegos lo habian sido de los Romanos y como los Romanos lo fueron de los Bárbaros (2). Pero el califato fué arruinado en su base con el advenimiento de las razas orientales. Se fundaba en la unidad absoluta, al paso que con los Abbasidas la division y el cisma se instalaron en el Imperio. Un omniada va á fundar en España un califato rival del de Bagdad; los Fatimitas elevan en el Cairo una cátedra rival de la de los Abbasidas. En el siglo X hay tres califas que se excomulgan uno á otro; pues bien, desde el momento en que hay más de un califa, ya no hay califato.

Las revoluciones y las guerras civiles que desgarraron el imperio de los califas deben atribuirse, pues, á la diversidad de las razas, de su genio y de sus creencias. Los enemigos del islamismo imputan al Coran las turbulencias que agitaron á los imperios de Asia (3); esto es lo mismo que imputar al Evangelio las piraterías del feudalismo. La ambicion de los Gobernadores de provincia y de los jefes de familia explotó los intereses de raza; de aquí aquellas dinastías que se formaron á la sombra del califato y que acabaron por destruirlo.

La concentracion de todos los poderes en el Califa fué un arma admirable para la conquista; pero, si bien favorable para el en-

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, 496; II, 72, 79, 178, 200, 214, 215.

(2) *IBID.*, t. II, p. 80.

(3) VOLNEY, *Viaje á Siria. Estado político de la Siria*, c. 1.

grandecimiento, era poco á propósito para la conservacion. En efecto, los lugartenientes del Califa reunian, lo mismo que él, todos los poderes; mandaban las tropas, eran administradores civiles, jefes de la justicia y perceptores de los impuestos. Ahora bien; una autoridad sin límites inspira el deseo natural de hacerla independiente. Los gobernadores de las provincias hallaban un pretexto á su desobediencia en las disensiones que se suscitaban periódicamente á la sucesion del Califa. Hé aquí por qué la historia de los Abbasidas no es más que una serie uniforme y fatigosa de insurrecciones: unas veces, las provincias holladas por los gobernadores sacuden un yugo que se ha hecho insoportable; otras, las naciones se aprovechan de las luchas que dividen á la familia de los califas para recobrar su libertad. Las creencias religiosas aumentaron la antipatía de las razas (1). No se necesitó más que la ambicion de los jefes militares para explotar todos estos elementos de division.

Los califas Abbasidas, desde un principio, no pudiendo contar con los Árabes que les eran hostiles, se vieron obligados á confiar su defensa á mercenarios; la fuerza de las cosas los puso á merced de aquellos que tenian el poder. Desde entónces el califato presentó el espectáculo ordinario de las monarquías orientales: las luchas de los jefes militares provocaban las revoluciones, el Califa no era más que el señor nominal, los *Emires al Omra* eran los que gobernaban (2). La dinastía de los Buidas quitó al califato lo que le quedaba de poder temporal y no le dejó más que el poder religioso. Despues de haber perdido el imperio, el Califa era todavía papa, pero el papa musulman era el esclavo y el prisionero de los jefes del ejército, que no le dejaron ni áun un simulacro de independencia (3). Esta sombra de califato subsistió hasta la invasion de los Mongoles. Podrá deplorarse la ruina de Bagdad, pero no es posible conceder ni áun un sentimiento de piedad á los últimos sucesores de Mahoma. El Califa que pereció á manos de los terribles Tártaros, pasaba el tiempo en presenciarse juegos de manos; los

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 146, 178, 186, 200.

(2) EMIR ALUMARA, general en jefe (WEIL, II, 640).

(3) Un califa se vió obligado á vender su guardaropa para atender á la profi-
galidad de un jefe militar (WEIL, III, 13).

Mongoles sitiaban á Bagdad hacia dos meses, y el jefe de los creyentes ignoraba todavía que el enemigo estuviese á las puertas de su palacio; no hubo nada que lo pudiese sacar de su embrutecimiento ni que pudiese despertar en él una ráfaga de valor (1). Dios envió á los Mongoles para barrer aquellos miserables restos de un poderoso imperio.

La desmembracion del imperio romano y la disolucion del imperio de Carlo-Magno inauguraron una nueva era, la de las nacionalidades que presiden á la civilizacion moderna. Despues de largas convulsiones se formaron tambien Estados particulares sobre los restos del islamismo: la India, la Persia, el Asia occidental y el África se constituyeron separadamente. La disolucion de la unidad árabe fué un beneficio para el Oriente, porque puso fin á un estado de cosas contrario á la naturaleza. Verdad es que el despotismo continuó pesando sobre la parte más bella del mundo, pero las provincias que lo sufrían recibían tambien sus ventajas. En vez de alimentar los tributos el lujo de una lejana capital, se empleaban, en parte al ménos, en el bienestar de los que los pagaban (2). Este es ya un primer paso hácia un mejor orden de cosas:

(1) DE SACY, *Chrestomathia árabe*, t. II, p. 45.

(2) El Egipto presenta la prueba de la influencia bienhechora de un gobierno nacional. Fué mucho más próspero bajo la dinastía de los *Tulunidas* que bajo el imperio de los califas. El jefe de la nueva dinastía construyó canales, mezquitas, hospitales; todavía hoy recuerdan su dominacion un barrio de la ciudad del Cairo y una mezquita. Su sucesor empleó una parte de sus tesoros en socorrer á los pobres. El producto de los impuestos, áun cuando eran ménos elevados que en tiempos de los califas, se quintuplicó (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 435).